

falta aquí para dejar exactamente delineada la forma frenopática? De modo que, si no fuera que en Cardenio fingió una locura de cierta especie muy particular y peregrina, aunque verdadera, por la única que atribuyó á los demás orates de sus historias, podría decirse, al uso moderno, que Cervantes, suponiendo que algo tuviese de alienista, dentro de este carácter cultivaba la especialidad de la monomanía.

Esto, sin embargo, es pura imaginación, buena para soltada por juego, pero no para sostenida en sério. Conque, siguiendo de nuevo por la senda de lo positivo, diré que á mí más que me satisface la bien hallada idea de haber fingido monomaniaco á Don Quijote, admírame lo hábil de su realización, la verdad que brilla en los pormenores de la supuesta locura; en sus causas predisponentes y determinantes, desenvolvimiento progresivo sin saltos ni interrupciones, fenómenos primarios y secundarios; en la vigilancia del delirio; en su adormecimiento motivado y oportuno; en la medicación moral; y, por último, en la curación y los términos en que se efectúa, consolida y hace visible con tal claridad, que desvanece toda sombra de sospecha ó duda. Y esto me suspende, además, porque si ciertos conceptos, razonamientos, conatos y acciones se originan necesariamente de la idea primordial ó constitutiva de la monomanía, están unidos á ella con vínculo indisoluble, ó son sus consecuencias necesarias, y, por lo mismo, ya el sentido común los presupone infiriéndolos de la simple noción de la enfermedad, como de un postulado proceden ciertas demostraciones; otros hay, que por ser, en medio de su aparente significación escasa, peculiares de aquella especie vesánica, por originarse del trastorno de una facultad distinta de la que se reputa como asiento del mal, ó por obedecer á leyes patogénicas harto oscuras, que mejor conoce la experiencia que comprende la especulación; no parece que puedan estar al alcance de personas que no hayan

hecho estudios prolijos sobre las perturbaciones mentales, ni menos depurado, robustecido y ensanchado sus conocimientos con la práctica frecuentando manicomios ó viviendo entre locos.

Pues ¿cómo acertó Cervantes á poner con exactitud los límites de la monomanía, y no contravino jamás al principio fundamental de que la pluralidad de sus manifestaciones había de caber siempre dentro de la unidad? ¿Dónde aprendió que era en cierto modo la nota tónica de esta vérsania una pasión exaltante? ¿Quién le ponderó la trascendencia y pertinacia de las aberraciones sensorias, y casi le puso en aptitud de diferenciarlas con respecto á objetividad y á subjetividad? ¿Cuándo observó la tendencia del monomaniaco á ver ó considerar las cosas que directa ó indirectamente caen bajo su delirio, como pintadas del color del mismo? ¿Por quién supo ser síntoma muy característico de frenopatía el truco de la personalidad, ya ajena, ya propia? ¿Dónde le advirtieron que los impulsos insólitos ó súbitos é indeliberados repugnaban con la monomanía, y, por lo tanto, ni uno siquiera supuso en la de su héroe? ¿En qué libro leyó que la conciencia refleja de la locura ajena subsistiese en muchos, que, por el mero hecho de ser locos, no tienen la de la propia? ¿Qué tratado de terapéutica médico-psicológica consultó donde hallase que la frenalgia era un poderoso correctivo y aniquilador de la hiperfrenia, ó, en términos generales, que una pasión espontáneamente nacida se combatiese por medio de otra excitada con sagacidad y cautela? ¿En qué casa de orates pudo ver que, entre las crisis de los afectos mentales, ninguna más favorable y eficaz que la producida por una enfermedad incidental muy grave, de las que parecen anodadar la fuerza motriz del organismo entero; y que no hubiese curación más sólida de aquéllos que la preparada y traída por una conmoción de esta calidad? ¿Quién, iniciándole en los secretos de la vida frenopática, le sugirió tantas otras especies como

en la historia de su loco introdujo, adecuadas por pertinentes, pero admirables por raras? ¿Quién.....

Nadie..... Todo lo adivinó su genio. Con prodigiosa intuición percibió claramente Cervantes la fisonomía de la locura parcial, su carácter inflexible, la necesidad de sus acciones, sus violencias y flaquezas, y el principio de contradicción que, anidando en su seno, la desasosiega y exalta; y con la materia de estos conocimientos, depurada por la reflexión artística, la soberana fantasía de nuestro ingenio labró la figura de un monomaniaco típico cual concebirla pudiera en lucubraciones prolijas un alienista ingenioso y encanecido en la clínica. Sí, la locura de Don Quijote adivinóla el genio de Cervantes, y la sacó al teatro del mundo cómo debía ser, cómo la reclamaba la verdad científica y la requería la belleza literaria. De aquí que los tratados didácticos no se desdeñen, antes se complazcan, en poner por ejemplar de la especie monomaniaca al héroe manchego, con no serlo más que de una fábula. De aquí que un loco tan loco haya sido siempre la admiración y el ídolo de los cuerdos, pues sus locuras sientan mejor que muchas discreciones; porque á todas anima el amor de la belleza y de la gloria, un noble deseo, la abnegación ó el heroísmo; y todas tienen la encantadora gracia de la candidez generosa, sin repugnar ninguna por su fin indigno, ya que todas sean deplorables por lo extemporáneo, vano ó temerario de su impulso. De aquí que, como este loco, no haya en la edad moderna ni hubiera en las antiguas cuerdo alguno tan conocido y ensalzado. Hasta le citan muy á propósito y ponen acertadamente por término de comparación ó encomio aquellos que jamás le han visto y sólo le conocen de oídas. Exuberante de inmortalidad, si tal puede decirse, la ha dado á cuantos tuvieron larga comunicación con él, á los que sólo una vez le trataron, aun á los que le hicieron ultraje, y, lo que es más de admirar, hasta al envidioso que osó ¡mal pecado! remedarle á guisa de

payaso, con gracia poca y malquerencia mucha. De la oscuridad de sus locuras sale á menudo un rayo de luz bastante á alumbrar los entendimientos sanos para que vean sus desavíos y errores; siendo algunos de este loco enseñanzas y correcciones sin castigo ni ofensa, sátiras sin látigo ni hiel que llevan á la enmienda regocijadamente.

Y todo esto desenvuelto con inmejorable arte en una narración perspicua, sabrosa, interesante; de movimiento espontáneo y gallardo; rica en sentencias, sazónada de donaires; magistral en el estilo, galana en la frase, pura en la dicción, modelo del buen gusto; única en el pensamiento, primera en su género, universalmente celebrada; donde el grave concepto filosófico anda en pareja con el sencillo razonamiento vulgar, la idea sublime con el humilde refrán, tan luminoso quizás como ella; donde el lenguaje de gente ruin tiene una compostura que atrae y un gracejo que hechiza; donde los risueños matices de la naturaleza contrastan con los sombríos colores de la miseria humana; donde ni las alegrías arrojan al desvanecimiento, ni las tristezas precipitan en la desesperación; donde no dejan lugar al odio, á la venganza ni al escepticismo el espíritu de caridad y la fortaleza que alientan en el seno de la más acendrada fe cristiana; donde hasta las fealdades disimula una suave tinta de hermosura; libro sobre el cual no ha corrido el tiempo, antes vive en juventud perenne; libro que se lee hoy, y se vuelve á leer mañana y todos los días, y siempre suspende más, y cada vez pone á la vista nuevos primores; libro que al sabio contenta, al ignorante adoctrina, y á todos embelesa con el deleite puro que nace de la percepción y contemplación de lo bello en la excelsitud de lo ideal; libro que ha tenido y tiene el singular privilegio de ser para doctos y eruditos un estímulo constante de estudios é investigaciones, y también para muchos un enigma en que está encubierto un pensamiento trascendental; monu-

mento, en fin, con que el genio ha simbolizado la hidalguía, esfuerzo é intrepidez de la raza española, su magnánima generosidad en las bienandanzas, su varonil entereza en el sufrimiento de los infortunios, y aun los defectos que la exageración de estas brillantes cualidades engendra, pero que, en medio de ser imperfecciones, conservan siempre la traza distinguida y simpática de su noble origen.

Sin el empeño de inquirir la fuente de que brotó este caudaloso y límpido raudal, venga y apague su sed en él quien la tuviere de belleza literaria, aromatizada con flores del árbol de la ciencia.

CAPÍTULO XXIII.

EL QUIJOTISMO.

Cervantes, con no haber sido alienista, podría figurar en los anales médico-psicológicos al lado de Esquirol, pues si éste descubrió que algunos síntomas de cierta especie vesánica discordaban del carácter general de ella, porque lo eran de otra, que deslindó claramente dándole nombre propio y exponiendo la doctrina de su evolución con tanta verdad, que, salvo pequeñas variantes, la han admitido todos los frenópatas; nuestro ingenio escribió con singular perspicacia la historia de una enfermedad mental, entre cuyos fenómenos generales los hay que, además de concurrir á darle forma inequívoca, distinguen otro padecimiento, á la manera que el cuadro sintomático de la melancolía de los antiguos abarcaba ó contenía dentro de sí el de la monomanía de los modernos.

Es un padecimiento que parece vesania; pero dudo que la Patología psíquica lo admita de plano, así como entiendo que la sanidad mental á su vez lo rechaza. Habría que colocarlo en el término divisorio de la cordura y la locura, si, según esta linde se vislumbra con los ojos de la imaginación, pudiera verse con los de la cara. En una tabla nosográfica vendría justo y medido á una casilla que en todas ellas falta, y que yo querría introducir denominándola *Cuasi*; en la cual se incluyesen y cuidadosamente se enumerasen los estados indecisos, transitorios, intermedios de la salud á la enfermedad; porque, con efecto, este padecimiento es una *cuasi-discreción* y un *cuasi-delirio*. A pesar de todo, yo me inclino á referirlo al segundo término de esta especie de paridad, como se verá más adelante.

Es, en el fondo, una exageración del amor propio, porque nace de un sentimiento de hidalguía, orgullo ó superioridad que sale de regla, no se ajusta á la medida de las cualidades, condición ó interés del adoleciente, ó no se acomoda al temple del elemento en que vive; y toma la forma de una presunción, arrogancia, entrometimiento, arrojo, temeridad ó insolencia, que, cualquiera que sea, ahora por inconducente, ahora por extemporáneo, y siempre por desatentado, degenera en ridículo.

Aunque Cervantes lo vió mejor en las interioridades del carácter frenopático de su héroe que Areteo el delirio monomaniaco entre las facies del melancólico, atento á lo principal del caso clínico cuya historia hizo novelando, no le dió nombre; mas el vulgo sí se lo puso, sin tomarse el trabajo de acudir, como la gente erudita, al manantial griego de etimologías preconizado por Horacio. El vulgo, que en tantas cosas se adelanta á los doctos, y para todas las que caen bajo su jurisdicción saca nombres del caudal de sus conocimientos, con ingénita y á menudo graciosa inventiva, cuándo excitada por sus afectos de amor ú odio, placer ó disgusto, cuándo movida de su genialidad maliciosa y zumbona; llamó al tal padecimiento *Quijotismo*, porque hubo de parecerle que era un remedo grotesco ó exageración enfadosa de la parte vana y ridícula de la locura de Don Quijote. Y tan acertado anduvo, por lo visto, que pronto cuajó el vocablo; bien que no merecían menos lo castizo de su linaje, lo artístico de su estructura y lo perspicuo de su expresión; de suerte que, adoptado ya por el uso común, no se desdeñaron de admitirle los sabios, y, sin formación de expediente, que á veces para nada sirve menos que para expedir, antes por información verbal y sumaria, fué naturalizado, al fin, por quien tenía autoridad para ello en los dominios, *citra et ultra*, del habla española.

En el orden técnico, pues, el concepto nosológico

de este fenómeno es *quijotismo*; su procedimiento fisiológico-patológico denomínase *quijotería*; sus expresiones sintomáticas, *quijotadas*; el paciente, *quijote*; y los caracteres de otras dolencias que con los de este padecimiento tienen alguna semejanza apellídanse *quijotescos*.

Y así como al andar meneándose á uno y á otro lado dicen renquear; y al obrar contra lo que dictan la razón y el juicio, izquierdear; y al perder el seso, enloquecer; así propongo yo que el ir tras quijoterías, hacer quijotadas y en cualquier manera obrar quijotesca-mente se llame *quijotear*: neologismo, si se quiere, pero admisible sin discrepancia excusable, porque á tiro de ballesta se ve que es un gentil retoño de legítima cepa castellana.

Aplicar resueltamente á un negocio el saldo de una cuenta antes de hacerla con la huéspedea; prometerse de una empresa descabellada el oro y el moro; sacar muy orondo para otro las castañas del fuego; esperar las calendas griegas; sustentarse del aire; levantar castillos de naipes, y fiar en ellos una defensa; querer llenar trojes sembrando en arena; imitar á Haxa, que non tiene que comer é convida huéspedes: todo esto es, y no hay que darle vueltas, *quijotería*.

Mirarse á la sombra; vomitar sangre; escupir por el colmillo; perdonar vidas; poner puertas al campo; co-ger agua con harnero; atar perros con longaniza; meter la cabeza en un puchero; poner el cascabel á un gato del que huye todo el mundo; apostar un duro sin tener una peseta; poner coche un mes antes de que-rrar; meterse en libros de caballería, ó, como dicen los menos cultos, en camisa de once varas; ser míope y jactarse de hender un cabello en el aire; dar gran lanzada á moro muerto; querer remediar con aluviones de discursos las calamidades y miserias de los pueblos; sustentar ser gran ganancia salvar principios con pér-didas de colonias; detestar y hacer burla de la filosofía

antigua sin haber leído de sus numerosos volúmenes ni los tejuelos, dícense, en propio término, *quijotadas*.

El vejete galanteador que presume y se envanece de picarillo y afortunado; el político de café para quien más que echarse á pechos una taza de idem es fácil y llano el establecer en el mundo el reinado de la paz y de la justicia; el lego topo que trae siempre aparejada una mala cuchara para meterla atrevido en la olla de toda disciplina; el que por cualquiera bicoca piensa haber puesto una pica en Flandes; el que se escucha cuando habla; el pisaverde, el finchado, el linajudo, el filosofastro, el pedante, el matasiete; bien granjeado tiene cada cual de estos ciudadanos el título de *quijote*.

El dar por motivo principal de la publicación de una obra el ruego de los amigos; el simular nuevas ediciones, mudando todos los años la portada, de un libro en venta, que se vende á duras penas, ó no se vende en manera alguna; el ufanarse de letrado quien es acaso muy hombre de leyes, pero muy poco de letras; el explicar á un enfermo insipiente y crédulo su mal con terminajos griegos, y hacer del milagrero levantando sobre las nubes la curación del pazguato con el testimonio de autores transpirenaicos y ultrarrhenanos; el afectar gran temor de decir mal lo que harto se sabe que se dice bien; éstos, pese á quien pese, siempre se llamarán en buen romance procedimientos *quijotescos*.

Sería curiosa é instructiva además una monografía del quijotismo: trabajo arduo y peligroso, sin embargo, que no es para un entendimiento vulgar ni una pluma adocenada; porque, sin grande espíritu de observación, ingenio trascendido, mucha soltura y gracia en el decir, con sólo probar á acometerlo, sobradamente mostraría cualquiera padecer el mismo mal de que á tratar se aventuraba. No lo intentaré yo en mis días; que tan receloso ando de quijotear como de que se me pegue la sarna; pero esto no se opone á que, sin presunción ni cosa que lo parezca, haga aquí sucintas

indicaciones, valgan lo que valieren, sobre algunos puntos que, á mi entender, debiera tocar el tratado en la forma didáctica que convendría darle para introducirlo en la nosografía médico-psicológica, si al cabo, al cabo mereciese ser en ella recibido.

Tocante á la *sintomatología* del padecimiento, conviene saber que, por punto general, no son malas ni raras en absoluto las cualidades que distinguen al quijote, sino perjudiciales y ridículas en lo relativo; á saber, por el objeto, lugar y tiempo en que las ostenta: lo cual le pone casi siempre en situacion falsa ó contradicción y pugna con las personas ó cosas que le rodean, ó le impide llegar al fin á que dirigía su intención y medios. Es el quijote un sér que está siempre fuera del centro de la realidad, y cuando no cae en inconveniente, se derrumba de inoportuno. Los hay que en asuntos humildes y frívolos hacen gala de una gravedad impropia y chocante; gastan mucha prosopopeya para decir una nonada; llevan el engreimiento hasta rebasar los límites del orgullo y de la vanidad; y tal vez con altanería de ricos se desviven por desmentir su apocamiento de miserables. Cuál se mide con los mayores y acaso los mira de reojo; cuál en alcurnia y nobleza, como en prendas personales, á todos se imagina hacer raya. Un descuido toman los más á desaire; á puntillosos nadie les gana; y por ellos parece que se inventó el adagio de nó por el huevo sino por el fuero. Métense dondequiera, como piojo en costura; éntrense frecuentemente, sin ser solicitados, á defender ó juzgar causas ajenas, ni falta alguno que se deleita de enmarañar las más sencillas. El alardear es su fuerte: todo se lo saben, lo profano y lo sagrado, y., echándola de maestros, ven claro y dan razón de lo que para los doctos es oscuro y casi inexplicable; sus armas no tienen quite, y con ellas han poblado, por lo menos, de cruces el barrio. Sin embargo, á los primeros, que son en realidad los *morósofos* de Erasmo, deja á lo

mejor corridos un niño con una simple definición que aprendió por la mañana en la escuela; y á los segundos, bien que para ninguna empresa les falten bríos, tal vez, puestos en el lance, muestran ser más bravucones que bravos, y todo mal éxito y derrota achacan á contingencias fortuitas, antes que á su torpeza ó cobardía, porque si con baladronadas se alcanzasen victorias, sus hazañas no tendrían cuenta. A todos éstos, aplicándoles una graciosa frase de Quevedo, se les ha de envidiar la satisfacción y llorarles el seso. Fantasma, empalagoso, entrometido, chisgarabís, zascandil, sabiondo, afilosofoado, fanfarrón y quizá ruin son los apellidos que comunmente, según las ocasiones, valen al quijote sus flaquezas; y en el lenguaje más familiar se le llama, ora por su ridiculez, *ente*; ora por su impertinencia, *car-gante*; y acaso por su condición aviesa, *mal bicho*.

Es inmenso el capítulo de la *etiología* del quijotismo; y en su materia, más que en la de muchas enfermedades, se contienen virtualmente inapreciables nociones para la Profiláctica.

En cuanto á causas predisponentes ó aptitudes individuales, está fuera de duda que no hay sexo, edad, estado ni condición que contra este padecimiento goce de privilegio de inmunidad. Ciertamente, por razones cuya exposición puede excusarse, sobrepujan los quijotes masculinos; pero líbrenos Dios de quijotadas de hembras, que, sobre no ser pocas, tienen á menudo consecuencias de suma entidad y á las cuales no hay remedio. Muchas travesuras de chiquillos, antes que travesuras, parecen quijotadas; y de la juventud es tan propio el quijotear, como natural el apuntarles el bozo á ellos, y el creerse ellas hermosas, ataviarse, querer lucir y coquetear. Todos los conatos, propósitos, enredos y esperanzas del calavera proyectado y de la vieja empernejilada y dengosa son puras quijoterías. La riqueza predispone poderosamente á esta dolencia, mas nadie diría cuán común es ella entre los pobres, ni cómo, en

algunas ocasiones, le dan pábulo, la recrecen y agravan la penuria y la miseria. El instruído y el sabio están siempre en potencia propincua de quijotear: los ignorantes y los necios no hacen otra cosa. En el desenvolvimiento y realización de una idea grandiosa, extraordinaria, el más claro ingenio, arrebatado de febril entusiasmo, fuera de sí, tuerce con indecible facilidad al quijotismo. A él inclinan también con gran fuerza una instrucción superficial ó á medias, la mala crianza, el mimo y la lisonja: muchas veces los padres echan, sin advertirlo, en el ánimo de sus hijos las primeras semillas del quijotismo. El que, lejos de reprimir su orgullo, vanidad ó soberbia, le suelta el freno, andada lleva más de la mitad del camino que va á este padecimiento. Todas las profesiones tienen su lado quijotesco; pero el prototipo del género se hallaba en la antigua de dómine, extinta ya de hecho, porque era planta que solamente crecía en el campo de la latinidad, casi convertido hoy en erial por falta de brazos que lo cultiven. Pocos buenos poetas se hallarán acaso sin algún asomo, siquiera débil y fugaz, de quijotismo; pero los poetas chanflones, hueros y hebenes, todos, sin exceptuar uno, son quijotes rematados; bien que, á existir hoy, dejáralos atrás todavía aquella infeliz turbamulta á que el humor melancólico y misantrópico de algún antiguo dió el despectivo nombre de poetambre, ya ahora caído en desuso y con justicia condenado al olvido. Los estadistas, aun los más altamente colocados, tienen una aptitud indecible para contraer este mal; pero entre los políticos de escalera abajo son contados los que de él se libran. Sin ciertos arranques quijotescos que realzan el valor, arrojo y destreza en las suertes de la lidia, el torero no lo parecería, como sin su traje ligero y vistoso, colorines, pasamanos y flecos de plata y oro. Que se transmite por herencia, á par de la hacienda y los pergaminos, pruébanlo las familias cuyos hijos quijotean, como los padres, y como quijotearon

los individuos que forman la línea de su abolengo; además de que ya se sabe que, si no siempre, muy frecuentemente en casa del albuguero todos son albugueros.

Causas determinantes de este mal pueden serlo todos los estímulos que provocan movimientos del ánimo, súbitos, enérgicos, impetuosos ó arrebatados, excitando con viveza los afectos expansivos, ó poniéndolos en pugna con los reconcentrantes ó deprimentes. De su acción es requisito necesario esta conmoción psíquica, cuya vehemencia responde al grado de sensibilidad moral del sujeto que la recibe; por donde se colige cuánto en uno, con respecto á otros, han de ser y son en realidad muchas veces distintos los efectos de una misma causa de este orden. De aquí que á ningún procedimiento etiológico, ó más bien á ninguna evolución sintomática cuadre mejor la antigua sentencia, *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*.

Entre los agentes materiales, las bebidas provocan el quijotismo mucho más que los manjares; siendo tanta su energía, que no parece sino que en cada botella de Jerez amontillado, vino de buenas hojas, y aun de Champagne, presunto vino, está acurrucado ó nadando, como en su elemento, un quijotillo enredador y hechicero, al modo que, según pública voz y fama, estaba hecho jigote en aquella sonada redoma el estrellero y nigromante Marqués de antaño. Quizás en opíparas ágapes siéntanse á darse una buena panzada, á escote ó de mogollón, algunos, más ó menos amigos, más ó menos hambrientos; y entre platos ninguno dice esta boca es mía, sino en sus adentros para mascar; pero *inter pocula*, allí es ella: muévase una barraunda de voces y peroratas que oyen los sordos, ni siempre tan unísonas, que ande la paz por el refitorio; y concíbense quijoterías y suéltanse quijotadas que harían temblar el mundo, si no se fuesen luego en humo con el fresco de la calle, como se disipan las turbacio-

nes de la cabeza con un sueño profundo. Tanto, empero, son de moda hoy tales festines, tanto se menudean, y tanto es igual en la sustancia lo que en todos se dice y goza, que no veo lejano el día en que hasta los hombres de chapa, reformando según la ocasión y su gusto la antigua frase, vayan desaladamente á ellos para echar una quijotada al aire.

No son menos dignas de advertencia las causas determinantes del orden moral. El buen resultado de un negocio, que apaga el deseo más ardiente y pasa los límites de toda esperanza, desvaneciendo tal vez á quien lo obtuvo, inspírale las mayores quijoterías. Un contratiempo, cuyas consecuencias podrían reparar la entereza, prudencia y perseverancia, consume quizás la ruina del iluso que, turbado y torpe, da en el pensamiento quijotesto de arrojar la sogá tras el caldero, escupir al cielo ó luchar con lo imposible para convertir en próspera la adversa andanza. Pocos son los que, favorecidos por un capricho de la fortuna, sacan repentinamente el pie del lodo, que no lo metan de contado en el resbaladizo terreno del quijotismo. Nada más común que en una controversia el que lleva la peor parte, abrumado por la argumentación del adversario, reducido forzosamente al silencio, antes que confesar su error ó darse á partido para no salir con las manos en la cabeza, prefiera meterlo todo á barato y huir el cuerpo quijoteando. Está muy en uso el curar las heridas de la honra con bálsamo de quijotadas.

Algunas veces el triunfo más brillante ó la audacia más brava convierte á un héroe en un quijote. — El *veni, vidi, vici* de Julio César fué una quijotada grandiosa. — La réplica que al Conde de Foix dió Roger de Lluria, el rayo de la guerra marítima, fué una quijotada soberbia con arrequives de estrambótica, aunque tan decisiva en pro de las armas aragonesas, como desastrosa y humillante para el ejército francés, invasor de Cataluña: *Sabed que sin licencia de mi Rey no ha de*

atreverse á andar por el mar escuadra ó galera alguna; ¿qué digo galera? los peces mismos si quieren levantar la cabeza sobre las aguas han de llevar un escudo con las armas de Aragón. — El hecho de Hernán Pérez del Pulgar el de las Hazañas, que clavó con su puñal el lema *Ave María* en la puerta de la gran mezquita de Granada, que aún defendían los moros, no ya fué sólo una quijotada grandiosa y soberbia sino homérica.

¡Extraño caso! hasta el amor más vehemente al *Don Quijote* y la veneración semirreligiosa á su autor han precipitado á algunos en el quijotismo. Quién ha escrito que Cervantes *merece el privativo dictado de fundador del verdadero chiste, de civilizador de la Europa en esta parte tan trascendental de la sociabilidad; y llámádole luego el ilustrador del linaje humano.* Quién ha sentado que *prevé el espíritu reformador social y político, vaticina la emancipación de los oprimidos, y ve en lontananza el triunfo de la igualdad y de la democracia, y el pueblo conquistando la soberanía y haciéndose rey, como lo figura elévando á Sancho al gobierno de una Ínsula.* El mismo escritor ha dicho que *Dulcinea es el alma objetivada de Cervantes.....* ¡Pobre Cervantes! nunca á su ingenua y perspicua Musa se le entendió de embolismos ni voquibles filosóficos ni políticos.

El quijotismo tiene carácter, ya de endémico, ya de epidémico, y á las veces de contagioso. Hay regiones muy dilatadas, é importantes acaso, de cuyos naturales es tan propio el quijotear, como el cecear, el ser fornidos ó entecos, rubios ó trigueños, ó el tener paperas: corren allá aires que hasta á los forasteros tras una residencia, quizá no larga, hacen quijotescos, cuando no quijotes confirmados; bien así como ciertos climas cálidos desarrollan y arraigan tenazmente en el organismo de sus moradores afecciones hepáticas y disentéricas. A la manera que el ejemplo de los vicios induce más hombres á ser malos que el de las virtudes convierte á los malos en buenos, así ciertas quijotadas son á menudo recibidas

con aplauso de personas de sano juicio, que luego se van en pos de ellas y acaso las asegundan, empujadas, sin que lo sientan, por la imitación; la cual, si bien se examina, en la actividad insidiosa con que obra, y en la pasividad inconsciente del sujeto que la recibe, harto claro muestra ser un verdadero contagio. Tal vez en concursos deliberantes una minoría quijotesca inocular el mal á una mayoría discreta y circunspecta; parcialidad hay que de quijotear á pelo y contra pelo hace gala; pueblos, en fin, por entre cuyos ornamentos de saber, grandeza y gloria se parecen las puntas y el collar del quijote. Tanta fama tienen cobrada estas parcialidades y pueblos, que frecuentemente, al tratar de sus cosas los demás, cuélganles quijotadas que nunca cometieron; ó, al verlos metidos en algún caso de honra, se adelantan á señalar de fantasía la puerta del quijotismo por donde se saldrán del conflicto: y en una y otra razón no hallan mejor alabanza que lisonjearlos con términos y extremos tales, que, en hecho de verdad, parecen no llevar por designio sino el ponerlos más y más en predicamento de quijotes. Así que, de quijoterías imaginadas y quijotadas cometidas por colectividades numerosas, partidos políticos, literarios y artísticos, y aun naciones grandes y respetables están llenas las páginas de la Historia; siendo muy de notar que, en general, éstas que con propiedad pueden llamarse epidemias, trajeron su origen de un solo quijote, y se propagaron por contagio con tan desafortada furia, que apenas dejaron persona sana.

Una etiología tan vasta y múltiple indica ya con cuánto vigor y amplitud ha de cundir este padecimiento. Sí, que sus adolecentes son innúmeros, y aun me temo que, en ciertos respectos, se aumentan de día en día. ¿Quién es el dichoso mortal que no ha cometido un par de quijotadas, imaginado media docena de quijoterías, ó, por lo menos, tenido diez ímpetus ó siquiera conatos quijotescos? Paréceme que á un Diógenes mo-

derno, por más que se alumbrase con una linterna eléctrica, sería tan difícil hallar una persona que no hubiese quijoteado nunca, ni tuviese en sus venas sangre castiza ni mestiza de quijote, como al célebre filósofo de Sínope le fué imposible dar con el hombre hecho á imagen del fantástico que forjaron sus extremadas ideas. ¿Quién duda que del quijotismo puede decirse, como de la locura, que si fuese dolores, en cada casa habría voces?

De mí mismo he de adelantarme á declarar, para que nadie me ponga cuál dirían dueñas, que si el día menos pensado me hallo entre un corro de gente de buen humor que esté departiendo sobre esta materia, y á alguno se le antoja invitar á que levante el dedo quien sepa cierto no haber quijoteado en su vida, yo, sin aguardar á ver lo que hagan los demás, esconderé bonitamente entrambas manos en las faltriqueras, y serme ha sano. Esto, sin embargo, no quita que sea la pura verdad lo que del quijotismo voy escribiendo; ni porque yo haya estado antes una ó muchas veces herido de este mal, ni porque á estarlo ahora achaque á guien mi desenfado en soltar como suelto la pluma, se me negará un tantico de idoneidad para diagnosticarlo en cabeza ajena; cuanto más que, en todo caso, puedo traer á colación en abono de mi aptitud y defensa de mi proceder, aquellas tan repetidas palabras de Hildebrand, aunque escritas con referencia á una enfermedad muy distinta: *ego ipse hoc morbo laboravi, et alios hoc morbo laborantes vidi*, que sueltamente romanizado dice: Domingo Ximeno, por su mal vido el ajeno. Aun bien que me consuela este pensamiento de Hartzenbusch:

En Sancho sus faltas note
Cada cual y en el Hidalgo:
Quien no es Sancho Panza en algo,
No escapa de ser Quijote.*

* Prólogo citado, pág. XLII.

cuya certeza salta á la vista; pero no es inmutable ó constante la disyuntiva en que pone á cualquier hijo de vecino, sino movediza ó temporal; ó mejor, es una continua alternación y juego de viceversa.

Si, á pesar de mi manifestación explícita y sincera, algún mal sufrido ó iracundo, recordando lo de la mota en el ojo ajeno, lo de la sartén y la caldera, lo de la vuelta á la redonda y otros proloquios ó admoniciones semejantes, me atacare redarguyendo que el tirar piedras al tejado del vecino quien tiene el suyo de vidrio, é igualmente el meterse en vidas ajenas, y, de cualquier modo que fuere, buscar cinco piés al gato es necedad enorme, y necio de atar y fustigar quien la cometiére; acudiré al arsenal literario del ya citado Quevedo, donde tomaré siquiera un escudo que me cubra y resguarde, verbigracia aquel desengaño que anticipó á los lectores de una obrilla, en la cual, como en varias tuyas, lo chistoso corre parejas con lo filosófico: «Si » no agradare lo que digo, bien se le puede perdonar á » un hombre ser necio una hora, cuando hay tantos que » no lo dejan de ser una hora en toda su vida.» *

Para terminar esta breve exposición etiológica diré que el quijotismo se asemeja á la fiebre roseólica ó sarampión en que nadie suele librarse de contraerlo una vez en la vida; mas no, como respecto de aquélla y otras calenturas infectivas, el haberlo padecido una vez establece y fija, por regla general, ulterior inmunidad perpetua; antes, al modo que las intermitentes y ciertas neurosis, parece dejar, con su primer acceso, metida en las honduras del organismo una semilla, de la que pronto ó á la larga nace otro ataque, y consecutivamente de las recidivas nuevas recidivas.

La *complicación* más común del quijotismo es con la maldad; complicación rara, sin embargo, pero de resultados muy deplorables, especialmente cuando la

* *La hora de todos, y la fortuna con seso.* Dedicatoria.

maldad, por un círculo vicioso de su acción en el padecimiento y del influjo del padecimiento en ella, degenera en protervia. Un quijote puro y limpio, exento de toda pasión maligna, suele dar muchos golpes en vago, y con los certeros antes se daña á sí mismo que ofende á los demás: en el fondo de su condición vislúmbrase cierta bondad y nobleza; sus fines, lejos de ser siempre malos, son á veces excelentes, pero yerra el camino, y no llega á ellos. Del quijote bellaco y ruin huyan cuantos estimen en algo su sosiego, seguridad y honra: es un malsín, un temoso, un cizañero, un buscarruidos, un petardista; desleal, vengativo, cruel; propagador de toda utopia disolvente, paladín de toda causa indigna, corifeo de toda bandería de malandrines, sólo una norma sigue: la sinrazón.

Uno de los caracteres más notables y mejor conocidos de esta dolencia es la regularidad de su *curso*. Pocas son, como dejo indicado, las personas que no tienen en toda su vida algún ataque súbito y pasajero de quijotismo; el cual, en este caso, ha de calificarse necesariamente de agudo. A las más deja quebrantadas del cuerpo y doloridas del espíritu; y á su malestar y pena sucediendo pronto el recelo, abren el ojo y se previenen cuanto está en su mano para evitar la recidiva, ateniéndose á lo del gato escaldado. Éstas son como aves de paso en la región del quijotismo. Individuos hay que á él parecen predestinados: tál viene al mundo llevando ya en la sangre un germen ó en el fluido nérveo una aura del padecimiento, á la manera que otros el vicio herpético ó la disposición perlática. Tál lo mama en la leche, ó se le mete por los ojos con las sinabafas de la cuna, los bordados de los pañales, la ornamentación de la vivienda, la doradura de los muebles y el boato de la familia. Muchos son los que, sin tener aptitud congénita ó cogida en la más tierna infancia, adquierenla luego en edad á veces temprana; y en estando así predisuestos, sobreviéneles el mal con la

menor ocasión, la prontitud y casi, casi la necesidad con que obra un instinto al ser solicitado por su excitante. El quijotismo de todos estos individuos es crónico desde el primer acceso, como algunas enfermedades, especialmente las neuropáticas; y todos suelen quedarse quijotes de por vida. Además, quien lo fué una vez, está en peligro de serlo otra; pero quien lo ha sido dos, con suma facilidad lo será ciento. Es que esta dolencia, hasta en su forma peraguda, propende visiblemente á volverse crónica.

Su *diagnóstico* no es difícil. Por el pronto, que hay un continente quijotesco nadie lo duda; mas no le tienen todos los que de quijotismo adolecen, como no sea de nacimiento ó muy crónico é inveterado: cabeza erguida, aire de taco, gran coramvobis, empaque de ¿quién como yo?, mirar sobre el hombro, pisar de valentía, hablar gordo, toser á todo el mundo son algunos de sus rasgos principales; pero también de vez en cuando sale á la cara con trazas de mansedumbre, llaneza, modestia, poquedad ó encogimiento, afectado, que no ingenuo, ó dígase tan verdadero como es pacífico el natural del gato de Mari-Ramos. Hasta por el traje se declara acaso el quijote: por el lazo de la corbata, el terciar la capa, el ladear el sombrero; por la melena, la barba, el mostacho; por el saludar, el recibir, el escuchar; por el leer y más por el escribir, pues tál tiene letra de pendolista, y echa por firma un garabato, que no hay perito calígrafo que lo descifre, creyendo el escribidor que la mala letra es patente de calidad y sabiduría. ¡Qué típico quijote de mala calaña, y qué gentil artificio, gallardas y vigorosas pinceladas los de este su retrato de cuerpo entero! «Capitán orgullosillo con las tres joyas del soldado: cicatriz en el rostro, cadena de oro al cuello y cintillo de piedras en el sombrero: sujeto muy poco para mí; corpulento, pero sin alma; bravo, pero por los humos del Jerez; buen mozo y nada birrozarro; de mala conciencia y de peor fama; de muchas

»fuerzas, mas sin bríos en la ocasión; soberbio nó, la
 »misma soberbia. En cuanto á destreza en los naipes,
 »ni el milano de más uñas; tan oportuno como mosca
 »en medio del guisado; seco como un tiesto de barro:
 »en materia de ropas, como el caracol, con su casa
 »siempre á cuestas: hombre de esos de á cada instante
 »el por vida en los labios, y la honra de su gloria y la
 »gloria de su honra, y quién más que él y con más mé-
 »ritos que él, y paso á mí y atrás todo el mundo, y
 »mano á la espada, vivito y nada de cuartel... Bravatas,
 »bravatas!» *

Fuera de esto, el punto del diagnóstico está en hacer un cotejo de móviles y acciones ó de precedentes etiológicos y manifestaciones sintomáticas, para graduar el exceso de los unos sobre las otras ó viceversa, y descubrir su disparidad ó repugnancia recíproca, pues ambos son los caracteres esenciales de la dolencia; en la cual, por lo mismo, parece realizarse un fenómeno imposible en mecánica, que es producirse un movimiento mayor que el que la fuerza impulsiva pudo dar, ó desviado de la dirección que recibió de ella, dirección necesariamente única. Al sentido común exclusivamente incumbe hacer este tanteo y juicio.

A buen seguro que, aun haciéndolos de golpe, calificará con el nombre que verdaderamente merece al que con un pequeño hecho quiera subirse á la altura de un gran dicho; al que no tema malquistarse en casa del moro hablando algaravía; al que se arreste á meter los pulgares entre dos muelas cordales; al que se la vista al revés, y de esta suerte ande tan pagado de sí, tan ufano y ensoberbecido; al que en un negocio que pide tiento, orden y método, empiece tomando el rábano por las hojas; y al que se las prometa felices en una

* CASTRO (EXCMO. SR. D. ADOLFO DE), *Orillas del Guadalquivir. — Peregrín Peregrino, paso cómico, escrito sin verbo. (Estudios prácticos de buen decir y de arcanidades del habla española; Cádiz, 1879, pág. 122.)*

demanda muy ardua ó en un estrecho de difícil escapatoria, con andar tan desorientado como el físico de Orgaz, que cataba el pulso en el hombro.

Por embustes de una daifa con quien juegan al amor y al barato dos escuderos, salen desafiados echando bravatas y rugidos, resueltos á agujerearse con las espadas los miserables cuerpos por cien partes hasta dejarlos hechos cribas. Presentando ya las puntiagudas armas, ven cerca del campo del combate dos carneros que, en celo quizá por una triste oveja, en todo caso más digna que aquella coima, riñen acorneándose con ferocidad tanta, que vienen por fin á caer muertos entrámbos, abiertas las duras frentes y bañados en su valerosa sangre. ¡Horror! Pasmados de la trágica catástrofe,

— ¿Qué os parece, dijo el uno,
Que causan de amor los fueros?

— Dejemos ya, dijo el otro,
Nuestros intentos primeros;
Que lo que hacen los brutos
No lo han de hacer caballeros;*

y, por lo visto, calaron los chapeos, metieron en vaina las espadas de Bernardo, miraron al soslayo, fuéronse, y no hubo nada.

La dueña doña Rodríguez, dueña y todo, envanecía-se con ser de linaje por el que atravesaban muchos de los mejores de las Asturias de Oviedo, y con haber tenido por esposo á un escudero hidalgo como el rey, porque era montañés.

El Bachiller Corchuelo, que de su compañero el Licenciado recibió una lección tan bochornosa como que le contase á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, le hiciese tiras los faldá-

* DURÁN (D. AGUSTÍN), *Romancero general*, tomo XVI de la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra; Madrid, 1861, páginas 562 y 563.

mentos, le derribase dos veces el sombrero, le cansase y pusiese rabioso; había osado desafiarle burlándose de la destreza de la espada, fiando el buen manejo de la suya no más que en los pulsos, fuerzas y ánimo, jactándose de que haría ver á su contendiente las estrellas á mediodía, y de que estaba por nacer el hombre que le hiciese volver las espaldas.

El lacerioso escudero á quien servía Lazarillo de Tormes, aplicaba á la llaga de su hambre ferina unguentos como esta reflexión estoica; con que al criado pretendía confirmar en la abstinencia: *no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho como comer poco.*

Un chusco de gran trastienda que se burlaba de los quijotes de letras, haciendo socarronamente que quería meter á un sobrino suyo en el gremio de tales señores, dióle, entre otros mil consejos, éste estupendo: «Y si
»quieres ganar un gran concepto de literato, siempre
»que de palabra ó por escrito hayas de hablar de Lógi-
»ca, di que Aristóteles fué un pollino con todo su Pe-
»ripato; que su Lógica es cosa miserable y vergonzosa;
»que como trasto viejo está ya anticuada, desterrada ó
»arrinconada; y, sobre todo, que no es de la última
»moda, siendo la moda la última ley de la Literatura.
»Yo he visto á muchos amoladores acreditarse de sabios
»y de críticos sólo con tratar de bestia al famoso Estagi-
»rita, sin conocer de vista sus escritos, ni saber siquie-
»ra si él fué alcarreño ó maragato, obispo in partibus ó
»fraile capuchino, inspector de milicias ó caballería.....
»¡O más de mil veces dichoso y bienaventurado siglo
»éste en que vivimos, y en que no hay asno, como se
»llame *filósofo moderno*, que no sepa las causas de to-
»das las cosas y de otras muchas más.» Vaya en gracia
otro consejo que le dió, ó digamos parodia de la más qui-
jotesca modestia: «Como el prólogo no sólo es el teatro
»de las venganzas, sino también de las disculpas, pre-
»vén otrosí al lector que no habías escrito tu obra para
»imprimirla, sino para divertir la ociosidad honesta-

» mente; y que mientras más la leías, menos digna te
 » parecía de publicarse. Pero que algunos sabios celosos
 » del bien público y de las glorias de la nación, y aun
 » personajes de alta guisa, habían disipado con tanta
 » fuerza tus desconfianzas, que al fin te habías visto en
 » la dura y triste necesidad de publicarla.» *

Don Hermógenes, que estaba graduado en leyes, era opositor á cátedras y académico, no había querido ser dómine de Pioz, tenía compuestas siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos más delicados del derecho, y explicaba algunas cosas en griego para mayor claridad; sorprendíase de que hubiese habido quien, delante de cuarenta ó cincuenta personas, le llamase pedante y casquivano y animal cuadrúpedo; á él, que luego dejó probado con una aguda distinción no ser poco haberse vendido solas tres comedias, porque nada hay que sea poco ni mucho *per se* sino respectivamente, y si tres constituyen una cantidad tercia con relación á nueve, componen una triplicada cantidad con relación á uno, y por lo tanto si son poco en el primer caso, son mucho en el segundo. **

Tomasito, mozuelo de catorce años, á quien su padre, don Cándido Buenafé, criaba para literato, había estudiado latín, traducía mal y leía peor el *Telémaco*; y al ser presentado á Fígaro, díjole clarito, de propio movimiento, que conocía el mundo y el corazón humano, *comme sa poche*; que todas las mujeres eran iguales, que estaba muy escarmentado, que á él no le engañaba nadie, y que Voltaire era mucho hombre; concluyendo por manifestarle su opinión, en orden á política, con estas palabras, bastantes, en mi pobre sentir, para poner en recelo á los diplomáticos y en pie

* Carta de Paracuellos escrita por D. FERNANDO PÉREZ á un sobrino que se hallaba en peligro de ser autor de un libro. Publica con notas un Bachiller en Artes. Madrid, 1789; págs. 83, 84, 99 y 100.

** MORATÍN, *La comedia nueva*.

de guerra los ejércitos y armadas de ambos mundos: *yo y Chateaubriand pensamos de un mismo modo.* *

En una conmoción popular que comenzó con sangre y acabó en incendios y ruinas, oí yo á un soldado de tropa allegadiza y mercenaria, en medio de la calle, entre un grupo de gente sobrecogida de espanto, dar por hecho que con un ataque, no sé si á la bayoneta, él y los suyos ganarían cierto castillo que adquirió entonces tristísima celebridad, y estaba erizado de cañones y defendido por un caudillo valiente y leal, á quien no intimidaban amenazas ni corrompían promesas.

En todo acto quijotesco apunta, cuando menos, un optimismo necio, desenfado inconveniente ó inoportuno, temeridad, engreimiento, orgullo, vanagloria ú otra mentecatez por el mismo estilo. De donde se infiere ser ociosa toda disquisición sobre diagnóstico diferencial, porque si, como aconteçe á menudo, el quijotismo toma tales visos de ciencia, valor, hidalguía, celo, santidad ú otras excelentes cualidades y virtudes, que pueden inducir en error á los cándidos é inexpertos; pronto el buen sentido descubre el engaño, ó los sucesos lo deshacen mostrando que en el fondo de la cosa no hubo sino pedantería, valentonada, hervores de sangre azul, arranques de bullebulle, beatería, flaqueza ó ruindad. Presuponiendo un pueblo pobre, relativamente inerme, afligido de toda suerte de tribulaciones, trabajado de discordias, dividido en parcialidades, ¿hay quijotismo comparable con el de los que en los supremos momentos de justa indignación por un agravio recibido, pero todavía no irreparable, lejos de contener á ese pueblo persuadiéndole á la calma, templanza y sufrimiento compatibles con la entereza, valor, dignidad y honra, le azuzan contra un adversario colosal, armado hasta los dientes, envanecido con recientes triunfos, embriagado de gloria, convencido de

* *Obras completas de Fígaro* (D. MARIANO JOSÉ DE LARRA): artículo *Don Cándido Buenafé, ó el camino de la gloria.*

su indisputable superioridad; y esto, deslumbrándole con un poderío imaginario, desvaneciéndole con la expectativa de victorias dudosas, ya que no imposibles, é hinchéndole la cabeza con el viento de una lisonja tal, como la de que en tierras y mares serán siempre invictos los descendientes de los defensores de acá y los conquistadores de allá, los héroes del mundo antiguo y los del mundo nuevo?

Por éste y otros hechos sueltos que van embebidos en los párrafos anteriores, se ve que hay también de vez en cuando *simulación* de quijotismo, con el carácter que á la de todo mal distingue, y es el propósito que lleva quien la intenta, de sacar provecho propio del engaño ajeno.

Con recordar lo dicho arriba, que el quijotismo propende siempre á la cronicidad, y añadir aquí que en esta forma suele ser incurable, declarado queda, por modo general, lo grave de su *pronóstico*. Cierto que las más veces es una dolencia puramente ridícula, pero también algunas furibunda y trágica. El arrojar la casa por la ventana, ó el echarlo todo á doce, aunque no se venda, hará desternillar de risa á los espectadores, pero, al fin, los daños resultantes serán sólo para el dueño de la finca ó el vendedor de la mercancia, y acaso sin perjuicio de tercero; mas el dar coces contra el aguijón, el poner las manos en el fuego ó el romper los cascotes á algún prójimo, maravilla será que al osado no deje malherido, soplándose la chamusquina, ó castigado con aquella terrible pena que, como pide diente por diente, así ha de querer cabeza por cabeza. De aquí se deduce que si el quijotismo no es de suyo enfermedad mortal, pueden serlo sus secuelas: frecuentemente á las heridas del pie sucede el tétano; á las quemaduras las flegmasias viscerales de éxito funesto; y de los traumatismos encefálicos no se diga sino que ponen el alma en un hilo. Sirva esto de término de comparación.

Ahora calcúlese cuáles serán los desastres de este mal

cuando invade á colectividades. Ya se ha indicado que donde reina endémicamente aun las personas forasteras que no lo padecen, y por ventura á él son más resistentes, suelen contraer ciertos defectos que semejan verdaderos síntomas, por aquello de nó con quién naces sino con quién paces; ni más ni menos que toman color térreo y facies semicaquética las que moran por largo tiempo en comarcas infectas de paludismo. Una de las mayores calamidades que puedan afligir á una nación es que quijotee su gobierno: en los gabinetes áulicos se establece un foco miasmático, cuyas emanaciones, volando con la velocidad del fluido eléctrico hasta los confines del territorio, dejan en horas contagiado al pueblo entero, fija en el suelo ó difusa en la atmósfera una espantable epidemia. ¡Guay del tal pueblo!: osa quizá arrojar el guante á todos los demás, que contra él se han coligado, y puesto en la ocasión, ni á uno solo resistir puede; quizá se contempla señoreando la capital del enemigo, y no ve que lo tiene ya victorioso á las puertas de la suya propia: y represiones tan crueles reciben uno y otro, cuanto fueron insanas su imprudencia y alharacas.

No sin razón he dado á entender que en la etiología del quijotismo se contiene virtualmente su *profiláctica* ó método preventivo, cuya superioridad, con respecto al represivo, es, en Patología, tan clara como la luz, sin que valgan contra ella, cual diz que valen en otras razones, sobre todo en la de Estado, las que aducen ciertos sujetos que no parecen tener traza sino de ciegos, desmañados ó mércenarios curanderos. La profiláctica del quijotismo, ¡quién lo diría!, sale toda, hecha y derecha, de la Medicina doméstica, de la que no hay cátedra en las universidades, y que es una rama de la filosofía del vulgo. Sí, señor: de la filosofía del vulgo, que no va en zaga á la de los doctores, ni, como ésta, vacila ni anda á menudo descaminada y perdida, sin acertar con la puerta de su casa: filosofía trascen-

dental que nació en la gran academia del mundo; que ha vivido siempre en el regazo de la tradición; que de ella la han tomado á la letra los libros sin atreverse á enmendarla ni corregirla, y que encierra verdades de tomo y lomo dentro de un pequeño círculo de sentencias, aforismos y apotegmas, que, con ser lacónicos, darían materia para sendos capítulos de un grueso infolio, tan largos de exposición como ricos de sustancia.

El que consulte este inapreciable repertorio de la sabiduría vulgar, hallará más preceptos que necesite ó desee para hacer una obra de caridad al prójimo que empiece á tocarse de quijotismo, pues con sólo examinar por qué lado ó sea tendencia, pasión ó vicio se le entra el virus, escogiendo de aquellas reglas las que vinieren á cuento, podrá apartarle del mal camino que lleva, y abrirle los ojos para que en adelante se precavione y guarde. Y como nada mejor que los ejemplos para poner una doctrina al alcance de todo entendimiento, dígame al quijote en cierne, si lo fuere por manirroto, que el dar y el tener, seso ha menester; si por confiado, que tal piensa ir á Óñez, y da en Gamboa; si por engreído de inopinada fortuna, que por su mal le nacieron alas á la hormiga; si por vanidoso, que nadie tienda más la pierna de cuánto fuere larga la sábana; si por altanero, que al capón que se hace gallo, azotallo; si por arrogante ó jactancioso, que del dito al fato hay gran rato; si por farfantón, que mientras él viva, no faltará quien le alabe; si por temoso, que tantas veces va el cantarillo á la fuente, que alguna se quiebra; si por guapo, que donde las dan, las toman; si por baladrón, que de sus fieros se reirán preguntándole: ¿dónde entierra usted?; si por entrometido, que cuidados ajenos matan al asno; si por chancero, que las burlas se vuelven veras; si por blando de boca, que de Parla van á Puñonrostro; y, finalmente, por cualquier defecto que trascienda á quijotismo aplíquele esta lección, de tan comprensivo sentido, que á nadie deja

fuera de la rueda: mucho hablar y poco saber, mucho gastar y poco tener, mucho presumir y poco valer, echan presto al hombre á perder.

Pero si todo esto fuere predicar en desierto, convenirá no andarse más por las ramas, sino sustituir á las buenas razones de la profiláctica las amorosas obras del *tratamiento*, pues en manera alguna tendrá aplicación entonces el rancio precepto de que el tiempo cura al enfermo, que no el unguento. El método terapéutico de este mal no puede ser homeopático, ni por pienso. Los semejantes no servirían sino para fomentarlo y ponerlo de golpe á la cronicidad. ¿Dar por su flaco al quijote? ¿bañarlo en agua rosada? ¿sahumarlo con incienso? ¿henchirle las medidas? ¡Bravos agentes curativos! Tanto valdría como decirle: sús, ruin sea quien por ruin se tiene; ponerle en olor de femínea pulcritud; hacer que tuviese más humos que ya exhala; ó desvanecerle para que, hinchándose, cual la rana de la fábula, reventase: tanto valdría como pretender sanar el alcoholismo crónico ó agudo con repetidas tragantadas de lo caro, ó los hartazgos de libertad de chiquillos mal criados y revoltosos con menestras de más succulenta libertad, regalándoselas en sazón que pudiesen comerlas á sus anchas y sin guardar término alguno, fuera de la vista de padres, preceptores y pedagogos.

Sólo los desengaños son poderosos á curar radicalmente el quijotismo. Su tratamiento, pues, en el respecto teórico, descansa sobre la indicación única de poner al enfermo en aptitud de tomarlos y sentirlos; y, en el respecto práctico, sobre el procedimiento de dárselos, no según el conocido precepto *festina lente*, tan saludable en ciertos apuros clínicos, sino al tenor del otro canon, *cito*, cuanto antes, apenas comenzado el primer acceso, y en forma tal, que no quite á los fármacos, ni con mieles ó jaropes neutralice su natural amargor, en el que, como en los alcaloides de los vegetales, reside su virtud terapéutica. Tanto es así,



que nadie se cura mejor ni más pronto que aquél á quien más repugna dicho gusto, más visajes de asco hace al tragar el bebedizo, y por más tiempo queda resabiado de él; por manera que, mientras le dura el dejo de la pócima, raras veces le sobreviene un nuevo ataque. Dicho esto, casi huelga el añadir que si alguien, por menoscabo ó perversión de la sensibilidad, no percibiere ó le agradare lo amargo, éste será incurable por el arte, ya que no por la naturaleza, más entendida y hábil que el antiguo protomedicato, y cuyas evoluciones producen á menudo resultados tan maravillosos como inesperados y fuera de toda presunción ó cálculo humano. Esto, pues, sin hablar de Dios, que, en todo caso, si da la llaga, da también la medicina.

El tratamiento del quijotismo es moral por esencia, aunque se ejecute con agentes materiales, pues éstos no influyen terapéuticamente en aquel estado patológico sino moderando, conmoviendo ó de otra manera afectando el sistema psíquico.

Hay sucesos que se asemejan á fenómenos críticos, porque originándose del movimiento ó acción íntima del mal, lo resuelven produciendo una como curación espontánea: tales son, verbigracia, ir uno por lana, y volver trasquilado; hacer un pan como unas hostias; no hallar nidos donde pensaba hallar pájaros; salirle el tiro por la culata; estar en los piés de los caballos; y quedarse con un palmo de narices.

Más, para cuando tuviere que intervenir el arte, conviene saber que son arbitrios ó remedios morales susceptibles de atajar los síntomas mayores y de cohibir los arrebatos paroxísticos más formidables; remedios soberanos á veces, aunque no aplicables todos simultánea ó indistintamente, sino cada uno en coyuntura propicia, y según la intensión ó peligro del mal lo reclame, el dar cordelejo al quijote; hacerle la mamola; llevarle á caer en el garlito; sacarle los colores al rostro; ponerle de patitas en la calle; dejarle en pelota;

cortarse las uñas con él; meterle en cintura; echarle el gato á las barbas; y tratarle como un perro. Poca ó ninguna mella harán semejantes mortificaciones al adolescente que tenga cabeza de chorlito ó piel tan dura, que no sienta la espuela, ó se haya echado ya la vergüenza á las espaldas: conque á éste y al recalcitrante, empedernido, enredador ó temible habrá que sujetarles á procedimientos materiales, recomendables por su enérgica y eficaz acción hipostenizante, perturbadora ó revulsiva, como el quitarles los mocos; enseñarles los dientes; ponerlos como nuevos; sentarles las costuras; zurrarles la badana; cascarles las liendres; y hacerles pagar con las setenas.

Todo, pues, según se infiere de lo expuesto, mira á meter en el ánimo del paciente el desengaño con el chasco, el desaire, la befa, el desprecio, la amenaza ó el castigo; con remedios cuya acción fisiológica sea, demás de enérgica, tan constante é inmutable, que se ejerza necesariamente por igual, sin disminuirse ni alterarse, en el estado patológico. Su éxito, empero, no siempre llena las esperanzas que hace concebir la solidez de su noción terapéutica fundamental, de la que deriva aquella indicación á todas luces científica é irrefutable; por cuanto el quijotismo se singulariza por su rebeldía, tal vez se exacerba con un tratamiento muy activo y se encrucece con el heroico. La verdad es que al congénito y al crónico é inveterado, por milagro lo curan contratiempos, pérdidas, desdenes, cantaletas, agravios, descalabros ni zurribandas.

Ahora bien, ¿puede inferirse de los antecedentes mencionados la *naturaleza* de esta dolencia? No será por demás advertir de buenas á primeras, para ponerme en guardia contra todo ataque, que si su evolución se efectúa por obra oculta é insidiosa de algún microbio ú otro linaje de gusarapos, á ellos no ha seguido el rastro ó no los ha divisado todavía el microscopio; si bien no tanto sea de pensar que ande en el arcano algún

microrganismo, como es de creer que el padecimiento sea un puro, aunque relativo, *micropsiquismo*, palabreja á la que puede perdonarse su dureza por la energía de la expresión. Dejado esto, lo que luego se echa de ver es, que su desenvolvimiento se hace por virtud y á expensas del sistema nervioso, sin mediar lesión sensible del mismo ni intervención de agente material, pues, al contrario, el quijotismo consiste en una alteración dinámica que raras veces provoca reacción orgánica, y, en todo caso, la que mueve es pasajera, aun cuando viva. Sin duda, un médico de marras, de aquellos que tenían el mal gusto de latinear de vez en cuando, lo llamaría morbo *sine substantia*, propiamente, al parecer, porque no suele tenerla el quijote; de donde su propensión decidida é incorregible á convertirlo todo en sustancia, como estómago vacío y hambriento. A los susodichos caracteres primarios junta el quijotismo cinco secundarios; á saber, apirexia ó falta de calentura, intermitencia de accesos, gravedad más aparente que real, propensión á la cronicidad y curabilidad dudosa ó exigua. Es, por tanto, una neurosis pura, franca ó exquisita; neurosis en cuya acción y manifestaciones obra principalmente el sistema cerebral, porque exagera ciertos afectos, perturba el entendimiento, descarría el juicio y subyuga la voluntad.

Tal es, tomada muy por el cabo, la noción nosológica del quijotismo. Sin embargo, ocurren en la práctica poquísimos casos que reúnan todos estos caracteres, así como contados enfermos ofrecen el síndrome entero que el diagnóstico de sus respectivas dolencias, aun siendo de las más comunes y ordinarias, abarca en las tablas nosográficas. Agrégase á esto que tiene tantos grados la escala neuropática, cuantos, asimilándola á la termométrica, caben en la inmensa distancia que media entre los fugaces, equívocos ó dudosos vapores, que se hallan poco más arriba de la línea de congela-

ción, y el pertinaz, manifiesto é insimulable morbo hercúleo, que toca á la de temperatura blanca. Síntomas y enfermedades tan genuinamente neuróticos son los antojos de una embarazada como la bulimia de un diabético; el parpadeo espasmódico como la convulsión eclámptica, la paresis muscular como la rigidez tetánica. Medido viene, pues, á la neurosis el quijotismo, siquiera á la proteiforme, á la vaga, á la movediza, sombra ó remedo, si no desagrada la metáfora, de los más intensos espasmos clónicos y tónicos. Ni pierde la analogía con respecto á sus síntomas mentales: la histerica caprichuda, el hipocóndriaco malsufrido, el epiléptico agresivo é indómito, modelos parecen ser del quijote que se aferra á una tema; que se mosquea de naderías; que toma por provocación el gesto más indiferente; ó que á cada triquitraque requiere la espada y amenaza cerrar con todo el linaje humano.

Como este quijote los hay muchos. Pues aquí encajan bien dos preguntas: ¿son cuerdos? ¿son locos? *L'ardua sentença* al *postero* que escribiere la historia filosófico-médica del quijotismo con la lucidez que á mí me falta, y con la amplitud que no comporta el objeto de estos breves y mal hilvanados apuntamientos. No obstante, sin ánimo de resolver una cuestión tan delicada y vidriosa como lo es la de la suma y predominio respectivo de cordura y locura que moran, se aparean y confunden en la sesera de todos aquéllos á quienes el sentido común atribuye despuntaduras de músico, poeta y loco; parécenme no estar totalmente privados de sensatez ni de insania los quijotes que van por esas calles adelante, cuáles arrastrándose, cuáles llevados en toldo y en peana. Hay más: el corazón me dice que, á vueltas de largos y atentos estudios sobre tan general padecimiento, reconocido que sea ya por individualidad nosográfica, no habrá fallo del supremo tribunal médico que le desaloje de la por mí propuesta casilla de los *Cuasi*, donde estará, mal que bien, en forzosa comensalía con otros

representantes de la semisalud y la semienfermedad, de la semirrazón y el semidelirio.

El docto que, con sus investigaciones y buen talento, llegare á conocer á fondo este singular achaque y escribir su monografía, no dejará de explicarnos que él, en medio de su aparente irregularidad, ofrece aspectos distintos, que guardan entre sí una analogía visible y constante, ó tienen relación de semejanza ó dependencia, como derivados que son de un centro común, ó modificaciones accidentales de la forma esencial, y, para decirlo en términos usuales, *especies* de un género. Difícil fuera enumerarlas todas, pero asaz completo saldría el trabajo con sólo describir algunas que por el pronto acuden á mi memoria; en lo cual podría campar gallardamente una pluma discreta, aguda y jocosa: el quijotismo *sabidillo*, el *guerreador*, el *politicón*, el *prosopopeya*, el *Tenorio*, el *montaraz*, el *hampesco*, el *bravonel*, el *temerón*, el *beato hazañero*, el *manirroto*, el *trapacista*, el *politiqueador*, el *arbitrista*, el *patriotero*, el *neófilo* y el *arqueófobo*—dos, estos últimos, que de ordinario existen en un mismo sujeto,— y, por fin, el *corrumpente*, que, en rigor, no es una especie sino una cualidad intrínseca del género.

En el de los *Seudos* ha de poner al quijotismo el criterio filosófico, porque, en efecto, es el falseamiento, la sofisticación, la corrupción del carácter de Don Quijote, noble, magnánimo, denodado, devoto de toda belleza, enemigo de toda villanía, altivo con los soberbios, llano con los humildes, fiel, desinteresado, caritativo, caballero sin miedo y sin tacha, caballero cristiano, paradigma de caballeros. Suponiendo, pues, pero no otorgando, que á la personalidad del Andante no caiga mal la expresión de quijotismo; aun así, comparado con el suyo, cualquier otro, hasta el más generoso y simpático, será siempre copia infiel, burda y borrosa de una pintura maestra, de un original clásico; será siempre un *seudo quijotismo*. Infelícísima degene-

ración cuya primera víctima fué aquel pobre diablo del señor *Martín Quijada*, que tropezando y cayendo cien veces, y no levantándose jamás en la consideración pública, dió consigo y sus torpezas en el Nuncio de Toledo; de quien y de las cuales ni memoria habría sin la oficiosidad de Alisolán, sabio inverosímil, pero trapacero aprobado, que, muy contra su maligno intento, no parece sino haber tenido ánimo de dejar en su misma figura y en la de su monigote, para advertencia de la posteridad, los ejemplares de dos variedades, la *envidiosa* y la *símica*, de la nueva y vitanda forma psicopática.

Así, al que de ella adolece, ni siquiera *seudo Don Quijote* le llama el vulgo, sino *quijote* á secas, recelando, por una parte, que la voz griega que á componer algunas castellanas concurre como prefijo ó primer elemento no sea bastante á quitar todo viso de semejanza entre el sujeto á quien la denominación se aplica y el famoso Manchego; y, por otra, como queriendo privarle del título de dignidad con que parecería equipararse en honor, gloria y grandeza al Caballero. De éste es un imitador desmañado y grotesco el quijote, como del hombre el mono; con la particularidad de que también á veces con sus acciones mímicas da soltura á sus malos instintos, como el procaz cuadrumano.

En suma, el quijotismo es lo que la moneda falsa á la legal, la hipocresía á la devoción, la filantropía á la caridad, el filosofismo á la filosofía, la pedantería á la ciencia: es una perturbación parcial del sistema psíquico, así en lo intelectual como en lo afectivo, con desorden necesario de algunas de sus operaciones, y más ó menos trascendente á todas. Por esto me he inclinado á llamarlo enfermedad.

Quede instalado de hoy más, por derecho de naturaleza, en el reino de la Nosología; y al eximio observador que lo descubrió y puso los cimientos de su diagnóstico, nadie le dispute la gloria, envidiable en el mundo médico, de que su nombre vaya para siempre

unido con el de la dolencia, á semejanza de los de Pott, Bright, Duchenne, Addison, Basedow, Werlhof y otros con que, por voto universal, se ha autorizado la denominación técnica de las enfermedades en cuyo conocimiento dichos profesores se adelantaron á todos, y en cuya enseñanza fueron los primeros maestros. De la monomanía lo fué Esquirol, y del quijotismo Cervantes, que expuso con envidiable lucidez en su novela los síntomas y aspectos de este padecimiento.

Esquirol alabó á Cervantes, aunque sin nombrarle, y en él hubo de reconocer como un vidente de su propia doctrina. En cierto respecto, cuando se cita á uno de los dos, se viene siempre á la memoria el otro; porque si Esquirol hizo la primera descripción de la monomanía, Cervantes escribió la primera historia de un monomaniaco. Con proceder de dos campos tan distantes entre sí, más aún que las épocas que ellos ilustraron, en la nuestra los han unido, en la consideración de los doctos, la conformidad de ciertas ideas y la excelencia de sus escritos. ¡Singular y bienhadada unión! ¡Loor á la ínclita pareja del príncipe de los alienistas y el príncipe de los ingenios!

CONCLUSIÓN.

Témome que pondrán mal semblante los críticos si llegan á leer esta explicación, aunque parcial, del *Don Quijote*, sòbre todo si son de aquéllos que, como un docto literato de nuestros días, no pueden ocultar que empiezan á cansarse de los comentadores de Cervantes*. Por fortuna, mi comentario es muy distinto de los que, veinte años há, censuró con tan buen juicio como erudición y gallardía un ilustre académico**, pero algo parecido al que implícitamente propuso y ensayó él mismo en impugnación de los otros; porque no ensalza con exceso á nuestro ingenio atribuyéndole méritos que no tenía, ni rebusca pensamientos trascendentales, ni descubre alusiones embozadas, ni penetra sentidos recónditos en una novela, *tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella*, según decía Sansón Carrasco, sino que celebra la original idea que concibió su autor, de fingir un accidente patológico, de nadie hasta entonces imaginado, que diese movimiento y vida á la fábula; y hace resaltar el acierto con que lo puso en juego, no obstante las dificultades que ofrecía, pues pareciendo ser necesaria para ello la instrucción científica, diríase que no había de bastar la simple destreza artística, siquiera fuese muy poderosa y extraordinaria.

* El Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto en una carta al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, con motivo del opúsculo de éste intitulado: *La última novela ejemplar de Cervantes* (CASTRO, *Varias obras inéditas de Cervantes*, pág. 416).

** VALERA (D. JUAN), *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*.

Acerca del pensamiento, traza, triunfo, influjo y demás cualidades y excelencias de esta novela se ha dicho ya quizás cuanto había que decir ó punto menos. No así sobre el *modo*, nuevo y único, de llevar su invención hasta el cabo. Este modo es la locura del héroe.

Presentar en la liza un caballero cuyas hazañas hubiesen dejado atrás en lo extravagante y descabellado, si ello cabía, las de sus antecesores, para acabar de hacer patente la absurdidad del género, habría sido meramente echar á volar una historia más, que más también acaso, por exceder á todas en necedad, hubiera obtenido aceptación unánime y arrancado estrepitoso aplauso á las gentes, volviéndoles el poco seso que en este particular les quedaba: modo de proceder á la loquesca y éxito harto deplorable y contrario de todo punto al que se prometía quien tomó la pluma con el deseo, una y otra vez declarado, de poner en aborrecimiento de los hombres los libros de caballerías. Desatinar de industria y á competencia con los más insanos escritores en la ficción de aventuras, para luego traerlas en serio al análisis filosófico, á la crítica literaria y al juicio del sentido común, y dar en cara á los ávidos leyentes con su mentecatez y gusto depravado, á guisa de maestro que arma un lazo al discípulo para hacerle caer en error, con intento de sonrojarle afeándose y de corregirle doctrinándole; tarea sin fruto hubiera sido, porque si avisos, consejos, amonestaciones y enseñanzas bastasen para detener á un pueblo que tras viciosas costumbres se desala, tiempo hacía que varones doctos estaban alertando á la sociedad española contra la pestilencia de los libros caballerescos, combatiendo sus desvaríos con las armas de la razón, y afanándose por deterrar perpetuamente á sus engendros de la república literaria. Tampoco faltaban disposiciones prohibitorias de cuerpos gubernativos del Estado; mas no surtían efecto, ó por haber muerto su letra apenas nacida, como de muy antiguo se ha visto á menudo en nuestra